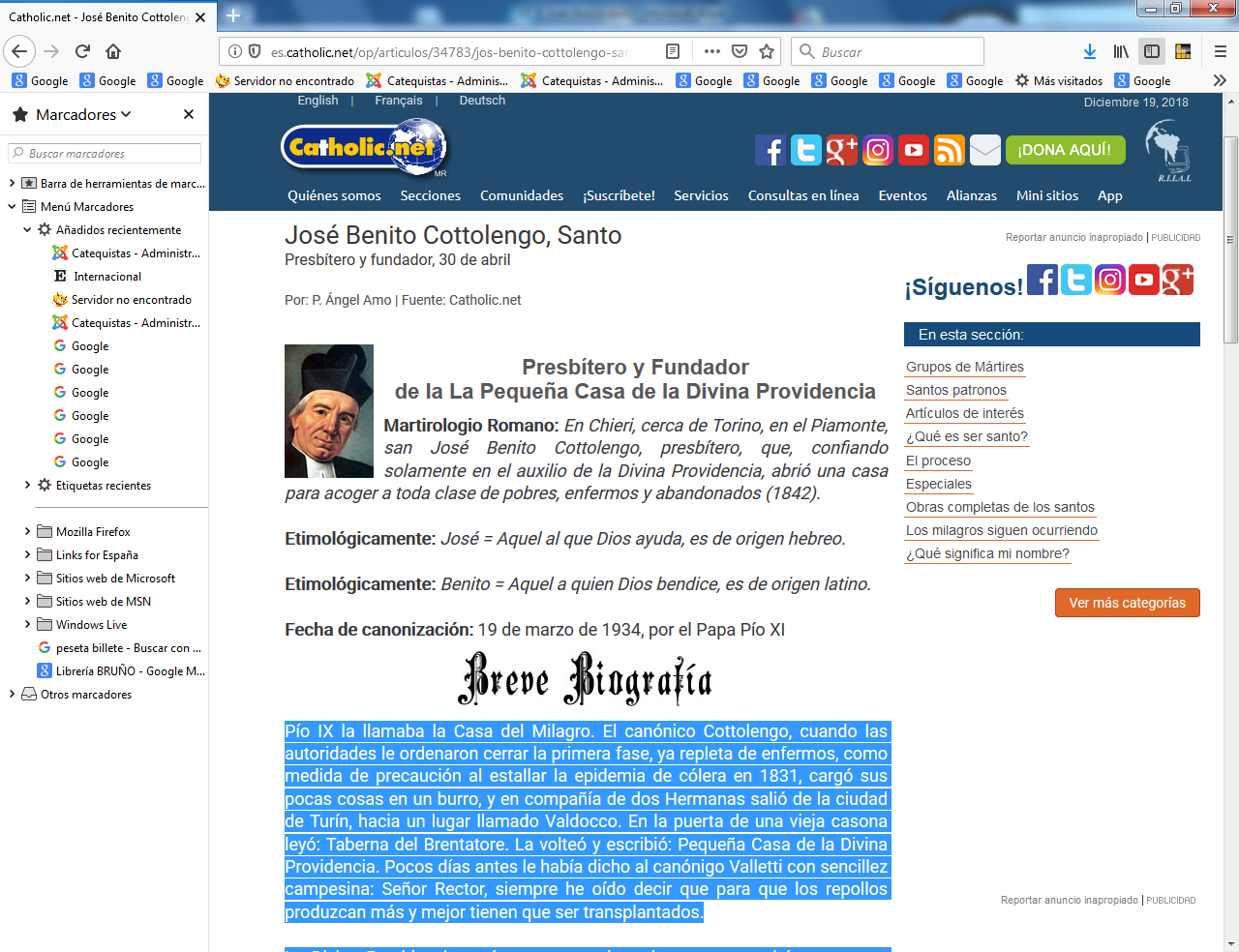
**San Benito José de Cottolengo**

**(Wikipedia)**

****

**En Chieri, cerca de Torino, en el Piamonte, san José Benito Cottolengo, presbítero, que, confiando solamente en el auxilio de la Divina Providencia, abrió una casa para acoger a toda clase de pobres, enfermos y abandonados (1842).**

**Pío IX la llamaba la Casa del Milagro. El canónico Cottolengo, cuando las autoridades le ordenaron cerrar la primera fase, ya repleta de enfermos, como medida de precaución al estallar la epidemia de cólera en 1831, cargó sus pocas cosas en un burro, y en compañía de dos Hermanas salió de la ciudad de Turín, hacia un lugar llamado Valdocco. En la puerta de una vieja casona leyó:Taberna del Brentatore. La volteó y escribió: Pequeña Casa de la Divina Providencia.**

**Pocos días antes le había dicho al canónigo Valletti con sencillez campesina:  Señor Rector, siempre he oído decir que para que los repollos produzcan más y mejor tienen que ser transplantados. La Divina Providenciaserá, pues, transplantada y se convertirá en un gran repollo....**

**José Cottolengo nació en Bra, un pueblo al norte de Italia. Fue el mayor de doce hermanos, y estudió con mucho provecho hasta conseguir el diploma de teología en Turín.**

**Después fue coadjutor en Corneliano de Alba, en donde celebraba la Misa de las tres de la mañana para que los campesinos pudieran asistir antes de ir a trabajar. Les decia:La cosecha será mejor con la bendición de Dios.**

**Luego fue nombrado canónigo en Turín. Aquí tuvo que asistir, impotente, a la muerte de una mujer, rodeada de sus hijos que lloraban, y a la que se le habían negado los auxilios más urgentes, porque era sumamente pobre. Entonces José Cottolengo vendió todo lo que tenía, hasta su manto, alquiló un por de piezas y comenzó así su obra bienhechora, ofreciendo albergue gratuito a una anciana paralítica.**

**A la mujer que le confesaba que no tenía ni un centavo para pagar el mercado, le dijo: No importa, todo lo pagará la Divina Providencia.**

**Después del traslado a Valdoceo, la Pequeña Casa se amplió enormemente y tomó forma ese prodigio diario de la ciudad del amor y de la caridad que hoy el mundo conoce y admire con el nombre de Cottolengo. Dentro de esos muros, construidos por la fe, está la serene laboriosidad de una república modelo, que le habría gustado al mismo Platón.**

**La palabra minusválido aquí no tiene sentido. Todos son buenos hijos y para todos hay un trabajo adecuado que ocupa la jornada y hace más sabroso el pan cotidiano.  
  
 Les decía a las Hermanas: Su caridad debe expresarse con tanta gracia que conquiste los corazones. Sean como un buen plato que se sirve a la mesa, ante el cual uno se alegra. Pero su buena salud no resistió por mucho tiempo al duro trabajo.**

**El asno no quiere caminar comentaba bonachonamente. En el lecho de muerte invitó por última vez a sus hijos a dar gracias con él a la Providencia. Sus últimas palabras fueron: In domum Domini íbimus (Vamos a la casa del Señor). Era el 30 de abril de 1842**.

**Mas datos de su biografía**

**Nació en Bra, Italia, cerca de Turín, en 1786. Fue sepultado un 1º. De mayo. Se hizo famoso por haber fundado el hospital llamado "La Divina Providencia", donde se asiste a más de 10,000 enfermos y no se llevan cuentas de dinero.**

**De pequeñito ya empezó a demostrar su futura vocación, pues un día lo encontraron con un metro, midiendo la sala de su casa para ver cuántas camas de enfermos cabrían allí. Los estudios le resultaban difíciles. Entonces se encomendó a Santo Tomás de Aquino, y este gran sabio le obtuvo de Dios un gran éxito en sus exámenes, y llegó después a ser doctor en Teología. Por toda su vida fue muy devoto de Santo Tomás.**

**Ordenado de sacerdote, estaba ejerciendo su apostolado en Turín, Italia, cuando un día tuvo que asistir a una pobre mujer que tenía que morir y dejar varios huérfanos, porque ningún  hospital la había querido atender gratuitamente, y ella era muy pobre. De aquí le vino la idea de fundar una casa para los pobres enfermos que no tuvieran con qué pagar. Para ello vendió todo lo que tenía, hasta su abrigo, y consiguió unas cinco piezas o cuartos para recibir enfermos.**

**Estalló en Turín la epidemia del cólera, y el gobierno creyó que la Casa del Padre Cottolengo por recibir a tantos enfermos se iba a convertir en un centro de propagación de la enfermedad, y cerró la tal casa. San José Benito en vez de desanimarse exclamó: "Las hortalizas, para que crezcan más, las trasplantan. Así nos va a suceder a nosotros. Nos trasplantamos y así creceremos más". Y se fue hacia las afueras de la ciudad, a un barrio alejado llamado Valdocco, y allí fundó "La Pequeña Casa de la Divina Providencia", que se iba a convertir enun famosísimo hospital con 10,000 enfermos. Sobre la puerta de entrada de su nuevo hospital escribió aquellas palabras de San Pablo: "La Caridad de Cristo nos anima".**

**Poco a poco fue construyendo edificios tras edificios. A uno lo llamó "Casa de la fe". A otro: "Casa de la Esperanza". A un tercero: "Casa de Nuestra Señora". A otro "Belén". Y al conjunto  de todo aquello lo llamaba él "Mi Arca de Noé". Allí se recibían toda clase de enfermos incurables.**

**Construyó un edificio para los retrasados mentales, a los cuales llamaba "mis queridos amigos". Otro edificio fue dedicado a los sordomudos y un pabellón para los inválidos. Los huérfanos, los desamparados, los que eran rechazados en los demás hospitales, eran recibidos sin ninguna condición en la "Pequeña Casa de la Divina Providencia". Un escritor francés exclamó al ver aquello: "Esto es la Universidad de la caridad cristiana".**

**El Padre Cottolengo fundó varias comunidades de hombres y de mujeres para atender al inmenso número de enfermos. Y les repetía: "*Hagan alegre y agradable el trato que les dan a los enfermos. Que los que reciben sus favores y atenciones sientan gozo al ser atendidos y nunca se sientan humillados*".**

**La especialidad de este santo fue una confianza absoluta y total en la Divina Providencia, o sea en el cuidado amoroso que la bondad de Dios tiene para nosotros. Su frase favorita era aquella de Cristo Jesús: *"Busquen primero el Reino de Dios y su santidad, y todo lo demás les llegará por añadidura". Tenía muy grabada en la memoria aquella famosa promesa de Jesús: "Si tienen fe aunque sea tan pequeñita como un granito de mostaza, le dirán a un monte: quítese de aquí, y láncese al mar, y les obedecerá. No duden de que si va a suceder lo que piden, y lo obtendrán. Cuanto pidan en la oración, crean que ya lo han recibido, y lo conseguirán*". (Mc. 11,23).**

**San José Benito nunca atribuyó sus éxitos a sus cualidades de organizador. Les decía a sus religiosas: *"Nosotros somos como las marionetas de las funciones de teatro; nos movemos, andamos, damos señales de que estamos vivos, mientras nos mueve nuestro director que es Dios. Pero apenas termina la función, quedamos como desmayados en un rincón, cubiertos de polvo. El que obra todo es Dios*".**

**Su fe en la ayuda de Dios era tan grande que exclamaba: "*Para mí es más cierto que existe la Divina Providencia, que el que exista la ciudad donde vivo*". Y con esa enorme fe conseguía milagros maravillosos. Un gran psicólogo llegó a visitarlo y exclamó: *"Este Padre tiene más fe él solo, que todos los demás habitantes de Turín juntos".***

**Un dato curioso del Padre Cottolengo es que nunca llevaba cuentas ni hacía inversiones para asegurarse rentas y ganancias. Gastaba todo lo que le llegaba sin guardar nada para el día siguiente. Un día a mediodía no había con qué dar de almorzar a los enfermos. Entonces reunió a la comunidad y les dijo: - ¿Alguno de Uds. ha guardado algún dinero?-. "*Sí, respondió una religiosa. Yo guardé una moneda de oro por si se ofrecía algún gasto después*". - *Pues esa es la razón por la que no nos llegan ayudas, ¡porque estamos confiando más en el dinero que en Dios!"*, exclamó el santo, y tomando en sus manos la moneda la lanzó por la ventana.**

**Pocos minutos después llegó de la ciudad todo lo necesario para el almuerzo de todos los enfermos.**

**Otro día ya cerca de la hora del almuerzo no había nada con qué preparar el alimento para tanta gente. El santo se fue con sus religiosas y varios enfermos a rezar. Y a eso de la una de la tarde llegaron unos carros del ejército, avisando que los batallones se habían ido a hacer ejercicios militares bastante lejos y no habían podido regresar a tomar el almuerzo, y que ahí les traían todo el alimento ya preparado para bastantes centenares de personas. Y alcanzó para todos. Dios no le fallaba a este amigo suyo que tanta fe tenía en sus ayudas oportunas.**

**No tenía dinero y sin embargo pensaba en ampliar más y más su hospital. Y repetía gozoso:**

***"A la Divina Providencia de Dios le cuesta lo mismo alimentar a 500 que a 5,000*". Y la gente decía que la Pequeño Casa de la Divina Providencia era como una pirámide al revés que se apoyaba sobre un único punto: la gran confianza en la bondad de Dios. Y en verdad que el modo de obrar de nuestro santo era totalmente al revés de lo ordinario. Si faltaban las ayudas necesarias mandaba a averiguar si sería que había alguna cama vacía sin enfermos, y encontrándola exclamaba: "*Esa es la causa de que no nos estén llegando ayudas*. ¡*Es que estamos haciendo cálculos y guardando camas sin enfermos*!".**

**Decían: "¡*Ya no quedan camas!",* y respondía: "*Entonces acepten más enfermos*".**

**Otro día le informaban: "*Que se acabó el pan y faltan los demás alimentos*", y el respondía: *"Entonces reciban más pobres*". Y Dios no le fallaba ni siquiera una vez.**

**Era admirable la fe ciega que San José Benito tenía en la Divina Providencia, en ese cuidado paternal que Dios tiene de nosotros. El repetía a sus ayudantes: "*Nos podrán fallar las personas, nos fallarán los gobiernos, pero Dios no nos fallará jamás ni siquiera una sola vez".***

**Y añadía: "*Dios responde con ayudas ordinarias a los que tienen una confianza ordinaria en El, pero responde con ayudas extraordinarias a los que tienen en El una confianza extraordinaria".***

**Si había un hombre que no se preocupaba por el futuro era este santo. Tenía muchísimos enfermos que atender y nunca se angustiaba por lo que se iba a necesitar. Sabía que Dios iba a proveer a todo y siempre. Y decía a sus colaboradores: *"Si Uds. viven afanándose por el futuro, entonces ya Nuestro Señor no se va a preocupar por ayudarnos, porque se están preocupando ustedes. No estropeen la obra de Dios. Déjenlo obrar a Él. Es necesario que nuestras despensas estén vacías y llenas, ya no nos manda sus ayudas. ¡Qué gran injusticia le haríamos al poder y a la bondad de Dios si desconfiáramos y creyéramos que no nos va a ayudar!".***

**Es curioso que el Padre Cottolengo no pedía ni dinero, ni alimentos, ni  Medicinas, ni ayudas materiales cuando rezaba. Él pedía *"El Reino de Dios y su santidad" y estaba absolutamente seguro de que todo lo demás lo enviaría Dios "por añadidura". Insistía siempre en esto: "Pidan a Dios que logremos evitar el pecado. Eso es lo importante. Pídanle siempre a Dios que le  agrade nuestra conducta. Si conseguimos esto, ya verán que todo lo demás lo irá enviando El*". Y así sucedía.**

**Un día le dijeron que no había dinero, ni alimentos, ni medicinas y se fue con todos los que pudo encontrar, a la capilla y empezó a pedir. Pero qué pedía: *"Señor: que se cumpla siempre tu Santísima Voluntad. Que te amemos. Que te obedezcamos. Que te hagamos amar y conocer*". Y no pidió más que estas cosas espirituales. Y poco después llegaron todas las ayudas materiales que se necesitaban.**

**El Padre José Benito Cottolengo, agotado de tanto trabajar, murió a los 56 años el 30 de abril del año 1842, cerca de Turín, Italia. Lo sepultaron el 1º. De mayo.**

**El su enorme hospital siguen recibiendo toda clase de enfermos incurables, y Dios sigue llenando de milagros aquella obra formidable. Sus últimas palabras antes de morir fueron aquellas del salmo 122: "*Que alegría cuando me dijeron: vamos a la Casa del Señor*". El Papa Pío XI lo declaró santo en 1934, junto con su gran amigo y vecino, San Juan Bosco**.

**Testimonio de un colaborador del P. Cottolengo:**

***Hay más fe en el canónigo Cottolengo que en todo Turín», dijo de él un buen día uno de sus colegas de cabildo. Para que luego digan ‘no sé qué y no sé cuánto’ de los canónigos. Cierto que, al no ser la fe una cantidad que se pueda pensar o medir, no es válida la frase; pero, hablando en sencilla terminología de la calle, lejana a los tecnicismos de la metafísica y del saber teológico, se entiende mejor que bien lo que el admirado y bueno Munsa quería decir al comentar la confianza que tenía Cottolengo en la divina Providencia.***

***Y es que aquel hombre ensotanado, tan tranquilo y confiado, José Benito Cottolengo, tenía la responsabilidad de haber albergado –por motivos de caridad cristiana– en refugios para los más desamparados, todo tipo de mendigos y famélicos, sin un duro para alimentarlos; y no dejaba de recibir más gente cuanto menos tenía. La lógica humana allí no funcionaba y la economía se quebraba en sus más elementales principios. Aquello era distinto, pero eficaz. Cuanto más necesidad había, más famélicos recibía, y menos faltaba. Y, sin embargo, aquel hombre tan multiplicador de recursos no hubiera servido para ministro de hacienda; su negocio era otro ¡por lo que se ve, bien difícil!***

***Nació en Bra (Piamonte), el 4 de mayo de 1786. Y dicen que ya desde pequeñito le encontraron midiendo una habitación de su casa para calcular las camas para enfermos o pobres que podrían caber en ella. Luego se mostró como fervorosísimo discípulo de santo Tomás de Aquino. Piadoso como el que más. Ordenado sacerdote el 8 de julio de 1811. Doctor en Teología en el 1816. En el 1818, canónigo de la Colegiata del Corpus Domini de Turín. En 1827, comenzó a recoger a todos los abandonados que encuentra sin tener en cuenta ninguna condición. Comenzó en Valdocco, entonces en las afueras de la ciudad, la «Piccola Casa della Divina Providenza», que luego se ha ampliado hasta llegar a ser uno de los más grandes centros sociales del mundo, capaz de albergar a diez mil personas. Y se rodeó de gente a la que preparó para que el carisma no desapareciera.***

***Se tomó el Evangelio al pie de la letra. La fe engendra una certeza absoluta, indiscutible, superior a cualquier certeza humana. Así lo aprendió del aquinatense. «Creo más en la divina Providencia, que en la existencia de la ciudad de Turín». Pues, como es así, el Evangelio no puede fallar. ¿No dijo el Señor que valemos más que los lirios del campo que Dios viste y que los pájaros del cielo que Dios alimenta? Pues, a los hombres desgraciados más necesitados no los abandonará.***

***Y cuanto más falta, más amplía su obra, con una sencillez que pone los pelos de punta: «A la divina Providencia le da igual mantener a quinientos que a cinco mil». Por esos derroteros iba su cabeza y por fe actuaba contra toda lógica humana. Más de una vez descubrió que, si Dios no le estaba dando los recursos imprescindibles, era porque aún quedaba en ese momento una cama vacía; entonces, la táctica era inapelable: «¡Aceptaremos más pobres!». Por la seca y estricta fe vivió en absoluta despreocupación, y menos sensibilizado por el mañana, porque «si la divina Providencia nos ha de dar, es necesario que la casa esté vacía».***

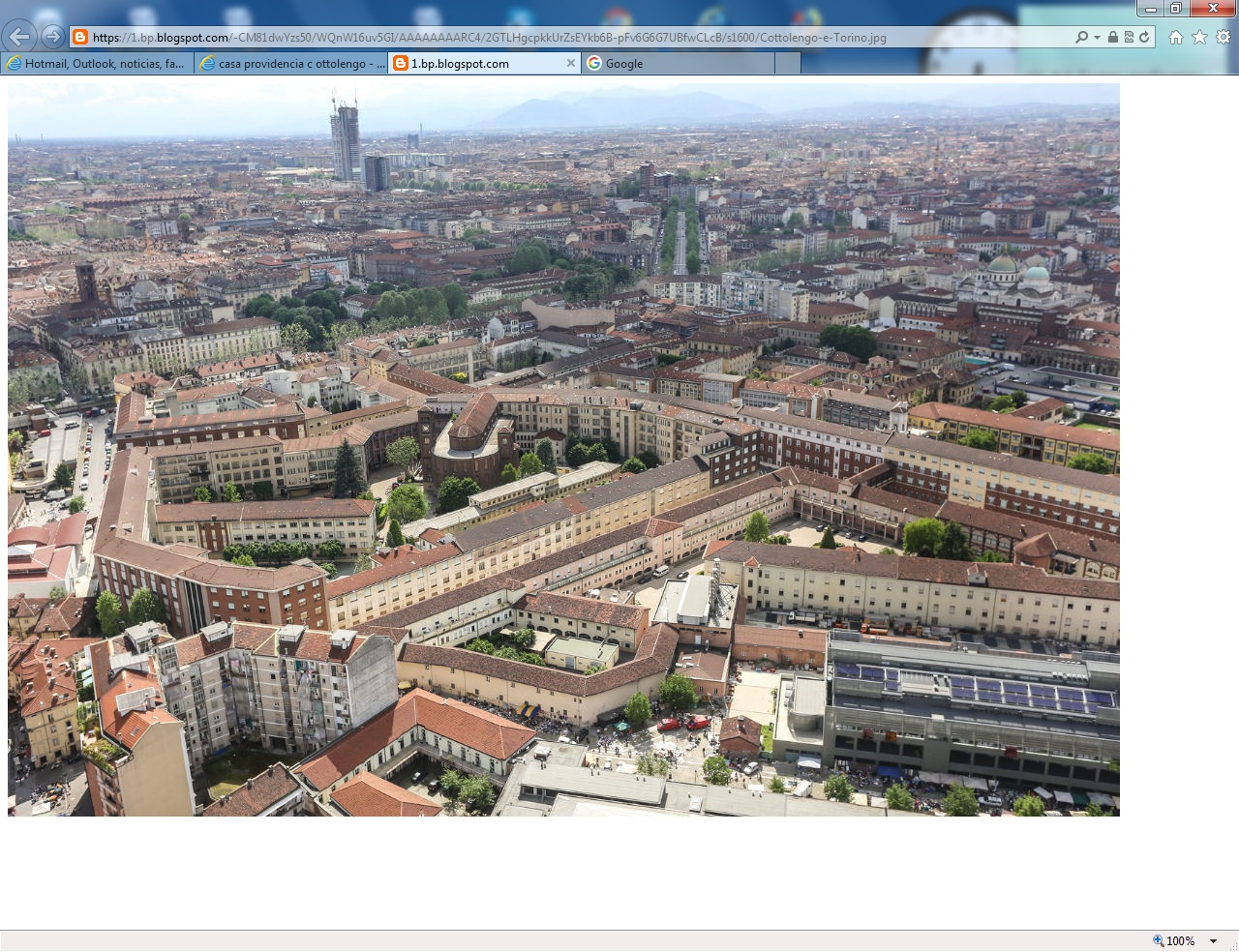
***Su temor y su cruz venía por otro camino: Que los suyos redujeran la fe en la Providencia y por ello volvieran secas las fuentes de la gracia. Eso solo pasaría si perdieran el convencimiento de ser unos hijos de un Padre bueno que nos ama y que lo puede todo.***

***Y decía siempre la verdad cuando afirmaba con el Evangelio: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura», y «tened fe en Dios. En verdad os digo: quien, sin vacilar en su corazón, sino creyendo que se hará lo que dice, diga a este monte ‘arráncate y tírate al mar’, os obedecerá».***

***José Benito Cottolengo, el que se divertía gastando todo lo que Dios le mandaba para los pobres, simplificó su carisma en dos parámetros: no llevar cuenta de lo que se hace –«Dios tiene mejor contaduría que la de nuestros libros»–, y no rezar por ninguna intención concreta y determinada, salvo por agradar a Dios. ¡Por eso no faltaba jamás el Deo gratias de la perenne adoración eucarística!***

***En los Cottolengo nunca faltó el pan que llega solo de la pública caridad. El sentido práctico a la hora de recoger a los que todo el mundo rechaza por los motivos más justificados –porque son enfermos incurables, sordomudos, epilépticos, cancerosos, niños idiotas, y así– se opone a esta idea con sensatez; si se añade que esto se hace sin dinero y sin fondos de previsión, y que, además, no va a servir para nada, la catástrofe es segura e inminente.***

***Pero a José Benito, lleno de caridad, le bastaba decir, convencido, que «el banco de la divina Providencia no conoce la bancarrota****».*

****

**Todo ello fue y es la Ciudad de la Providencia. Turín**